

Cicerón

Sobre la vejez
Sobre la amistad

Traducción, introducción y notas de
M.^a Esperanza Torrego Salcedo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2009
Tercera edición: 2013
Séptima reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la traducción, introducción y notas: M.ª Esperanza Torrego Salcedo
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7835-1
Depósito legal: M. 24.865-2013
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Introducción
10	1. El autor
10	1.1. El Cicerón de la <i>Vejez</i> y la <i>Amistad</i>
15	1.2. Cicerón filósofo
20	2. Los dos tratados
22	2.1. Forma literaria
23	2.2. Fecha de su composición
24	2.3. El destinatario: Ático
26	2.4. Los personajes
	2.4.1. Catón el Viejo
	2.4.2. Escipión Emiliano
	2.4.3. Cayo Lelio
	2.4.4. Los yernos de Lelio: Fanio y Escévola
32	2.5. Las dos tertulias
33	2.6. Otras conexiones: el planteamiento filosófico
37	3. Esta traducción
39	Bibliografía
	Catón el Mayor, sobre la vejez
45	Presentación
	Lelio, sobre la amistad
107	Presentación
169	Índice de personajes históricos



Busto de Cicerón. Museo Capitolino, Roma. Fotografía: Oronoz.

Introducción

*A mis mayores; a tantas personas amigas
A mis hermanas y hermanos,
que forman parte de los dos grupos*

Quien haya decidido emprender la lectura de estos dos pequeños tratados alentado por la idea de que en ellos hallará opiniones, ideas y consejos que den sentido al sinsentido de envejecer y que lo apuntalen a uno cuando pierde un amigo, ha acertado. En efecto, su autor, Marco Tulio Cicerón (Arpino, 106 a. C.-Formia, 43 a. C.), el intelecto más brillante y completo del mundo romano republicano, se propone ofrecer en estas breves obras una reflexión sobre dos aspectos esenciales de la vida: la vejez, en la primera, y la amistad, en la segunda. No puede asegurarse que la argumentación del autor logre el propósito que persigue (se escribieron hace más de 2.050 años), pero lo que sí es seguro es que estamos ante dos de los textos más hermosos que se hayan escrito nunca sobre la vejez y sobre la amistad.

1. El autor

1.1. El Cicerón de la *Vejez* y la *Amistad*

Los tratados sobre la *Vejez* y la *Amistad* pertenecen a un abundante conjunto de obras que Cicerón escribió sobre temas filosóficos. La dedicación literaria prioritaria de Cicerón no fue la filosofía, sino la oratoria, tratada tanto de forma teórica (escribió tratados sobre la formación del orador y la forma de hacer buenos discursos) o aplicada (dejó escritos numerosos discursos de defensa o ataque pronunciados por él en el foro o en el Senado). Su legado literario también incluye una extensa colección de cartas que escribió a sus amigos y a su familia, que nos han permitido tener sobre él un conocimiento de primera mano muy superior a lo que es habitual en los autores latinos. Considerada globalmente, la obra de Cicerón representa posiblemente el conjunto de calidad literaria más importante de la literatura latina en prosa.

Sus obras filosóficas no se consideran su contribución más valiosa. De hecho, sólo escribió sobre filosofía cuando alguna circunstancia le obligaba a retirarse de su verdadera profesión, la apasionante labor pública, que incluía el ejercicio de la abogacía y la actividad política en el Senado.

El Cicerón que escribió la *Vejez* y la *Amistad* era un hombre mayor, tenía 63 años –una edad que en aquella época no era tan habitual– y había alcanzado la cima del prestigio profesional y personal cuando había llegado al consulado en 63 a. C. desde una posición social difícil: era lo que se llama en latín un *homo novus*, ‘hombre nue-

vo', como antes lo había sido, por cierto, Catón el Viejo. Este concepto designa a los ciudadanos miembros de familias no patricias, que alcanzaban los cargos públicos más importantes por primera vez. Este hecho era posible en el marco legislativo romano, pero no frecuente en la época republicana, y requería unas cualidades excepcionales, como tenía Cicerón, que había logrado un inmenso prestigio con su actividad como abogado.

El año que escribió estos tratados, el 44 a. C., estaba en un momento crítico de su vida: en lo personal, de su esposa Terencia, con la que había convivido largo tiempo, se había divorciado, y también había perdido a su hija Tulia, muerta de parto el año anterior. En el plano profesional, la dictadura de Julio César le había apartado de la actividad política, lo que para un hombre de su implicación e importancia estaba resultando una derrota personal y profesional. Todas estas circunstancias son las que parecen reflejarse en la imagen más conocida del político y orador, un busto del que existen diferentes copias, una de las cuales se encuentra en el museo Capitolino en Roma. Este busto representa a un hombre de cierta corpulencia y un gesto arrogante en un rostro serio que acusa las señales del tiempo y de una mantenida preocupación.

Cicerón tuvo siempre ideas políticas conservadoras. Ser conservador en Roma representaba la defensa de los modos de gobierno de la antigua república, basados en el Senado, un consejo consultivo formado por ciudadanos patricios, y el pueblo, que, organizado en asambleas, elegía a los magistrados y proponía leyes a través de sus representantes, los tribunos de la plebe. En este sistema

todas las magistraturas eran colegiadas, con el fin de evitar los gobiernos unipersonales, que Roma asociaba a la monarquía de la que se había librado en el siglo VI a. C. con la expulsión del último rey, Tarquino el Soberbio. La única magistratura unipersonal era, precisamente, la dictadura, que tenía carácter excepcional y se asumía por un periodo de tiempo determinado. En esta época, la simple sospecha de que un ciudadano ambicionara poder real llegó a ser en muchos casos motivo de su asesinato: el de Julio César es el último ejemplo de ello.

En la época de Cicerón, sin embargo, la institución republicana se había degradado mucho y estaba por ello atravesando una grave crisis. El motivo principal era la gigantesca fractura existente entre la oligarquía gobernante, los patricios, y el pueblo. Por un lado, los patricios, representados en el Senado, acumulaban cada vez más poder y más riqueza. En la otra cara, el pueblo se había empobrecido. Esto ocurrió, en parte, por la mala gestión con la que se había administrado la anexión de tierras que fue trayendo consigo la conquista de territorios de la península itálica en la primera fase de la expansión de Roma. Las nuevas tierras anexionadas, aunque eran propiedad pública, eran explotadas por particulares y provocaron una competencia en los precios del trigo que había hecho imposible a la clase campesina mantener sus pequeñas propiedades; por eso, habían tenido que venderlas y trasladarse a Roma. La población desocupada que vivía en la urbe a expensas de los repartos públicos de trigo o de clientelismos privados era enorme. La tensión social que provocaba esta situación fue creciendo progresivamen-

te, de forma que desde el siglo II a. C. hasta la dictadura de César la historia de Roma está llena de conflictos entre los conservadores, seguidores del Senado, y los que proponían reformas, que estaban representados en el partido de los populares. Mientras que el Senado defendía su situación privilegiada, los representantes populares intentaban «refundar» la clase campesina con repartos de tierras públicas que aliviaran la tensión y reforzaran los pilares del Estado. La historia de Roma documenta varios choques entre los dos bandos durante los siglos II y I a. C.: por ejemplo, las frustradas reformas de los hermanos Tiberio y Cayo Graco (entre 133 a. C. y 122 a. C.), en el marco de las cuales se sitúa la muerte de Escipión Emiliano mencionada en la *Amistad*; la oposición entre el popular Mario y el aristócrata Sila (entre el año 91 y el 85 a. C.), la batalla política entre el cónsul Cicerón y Catilina (63 a. C.). Todas estas luchas acabaron siempre con la victoria del partido senatorial. Sólo el último de estos enfrentamientos, el de Julio César, del partido de los populares, y Pompeyo el Grande, representante del tradicionalismo conservador, se saldó, tras una larga guerra civil, con la victoria del primero: Julio César fue nombrado dictador por primera vez en 48 a. C. El cargo, en principio para un año, fue renovado sucesivamente hasta que, tras la cuarta renovación, se hizo evidente que iba a ser asumido de manera vitalicia.

Las ideas republicanas de Cicerón no podían compaginarse de ninguna forma con esa nueva situación política y tuvo que retirarse de la escena pública. La escritura de los tratados filosóficos, entre los que se encuentran la

Vejez y la Amistad, a la que se dedicó encerrado en una de las villas que poseía fuera de Roma, la concibió como un consuelo, como una actividad intelectual que le ayudara a resistir la ansiedad de una inactividad forzosa, de la que no estaba claro cómo podría salir y de la que, de hecho, no salió.

César fue asesinado por una conjura de los conservadores, cuya cabeza pensante se supuso que era el propio Cicerón. Después del asesinato de César, Cicerón habría podido tener un papel esencial en la reconstrucción del estado republicano, lo que, de hecho, le ofrecieron los conjurados, pero él no aceptó. En la guerra civil que se desencadenó entre los partidarios de César, encabezados por Marco Antonio, y los defensores de la república, Cicerón atacó duramente a Marco Antonio en los discursos titulados *Filípicas*, y apoyó a quien pensó que representaba la oposición a éste, el joven Octaviano, el que sería treinta años después el primer emperador de Roma, aunque eso Cicerón no podía saberlo. Sin embargo, Octaviano quería para sí la herencia de César y no exactamente la restauración de la república. La alianza de Octaviano, Marco Antonio y Lépido en el segundo triunvirato acabó con Cicerón. Murió asesinado menos de un año después (diciembre de 43 a. C.), cuando trataba de huir de Roma, tras ser incluido por Marco Antonio en las listas de proscritos, con el silencio cómplice de Octaviano. Cuenta Plutarco que cortaron al cadáver la cabeza con la que pronunció las *Filípicas* y las manos con las que las escribió y que fueron expuestas en la tribuna de los oradores, último gesto de la victoria soberbia de su poderoso enemigo.

1.2. Cicerón filósofo

La aportación filosófica de Cicerón no ha sido reconocida por la historia de la filosofía; al contrario, o se ha prescindido de ella por completo o ha sido objeto de crítica; sólo recientemente se la ha reivindicado. Se criticaba su falta de originalidad: carece de sistema filosófico propio y sus obras se limitan a traducir modelos griegos. Además, practica un sospechoso eclecticismo, pues combina indiscriminadamente los idearios de las más diversas escuelas filosóficas. Por otro lado, como ya ha quedado señalado, su dedicación a la filosofía no es constante, y su producción en este campo está poco cuidada (tiene múltiples repeticiones, inconsistencias e incluso contradicciones, lo que significa, con seguridad, que no releyó ni corrigió esos escritos, descuido que nunca se permitió con sus discursos forenses); esto, unido y, en parte, relacionado con la cantidad de libros de tema filosófico que escribió en un solo año, nueve conservados¹, es suficiente para dar una apariencia de superficialidad y defectos formales.

Sin embargo, la crítica reciente reconoce en la figura de Cicerón filósofo cierta relevancia, basada en el papel esencial que ha tenido su obra para la adaptación del pensamiento filosófico griego al mundo romano y su transmisión a la cultura occidental, sobre todo como in-

1. *Límites del bien y del mal, Cuestiones de la Academia, Debates de Túsculo, La naturaleza de los dioses, La Adivinación, El Hado, Tratado sobre la Vejez, Tratado sobre la Amistad y Los Deberes.* Aparte de éstos había escrito en 46 a. C. *Las paradojas de los estoicos*, y antes, entre 54 y 51 a. C., *La República y Las Leyes.*

ventor de un léxico latino abstracto capaz de reproducir el griego. Su relevancia puede que sea diferente, pero no es menor que la de otros filósofos importantes.

Cicerón no es un filósofo profesional, pero sí un inteligentísimo aficionado y, a la vez, un usuario convencido, lo cual, como han apuntado algunos de los estudiosos de su obra, resulta rarísimo en un político de su peso. Por esa afición, la formación filosófica, que era parte esencial del programa formativo de los romanos cultos, fue en su caso todo lo completa que pudo. Había estudiado con filósofos de todas las escuelas de moda en el momento: aprendió con Diódoto el estoico, un filósofo amigo que albergó en su casa hasta el año de su muerte (59 a. C.); perfeccionó su conocimiento del estoicismo con Posidonio, también estoico, en Rodas durante una estancia de estudios; además, su primer maestro había sido un epicúreo, Fedro, y atendió también a la enseñanza de otro epicúreo en Atenas, Zenón de Sidón, que le había sido recomendado por su maestro, Filón de Larisa, que pertenecía a la Academia. Así que Cicerón absorbió filosofía de todas las escuelas.

El no tener un planteamiento dogmático en ninguna de ellas le permitió analizar, entender, asimilar, criticar y, consecuentemente, extraer de todas ellas los principios que le parecían más adecuados para añadirlos a su pensamiento, a su vida, tal como él mismo reconoce:

Y, aunque todas las enseñanzas filosóficas tienen una aplicación a la vida, nosotros consideramos que hemos hecho prevalecer, tanto en los asuntos públicos como en los privados, aquellas que nuestra razón y nuestra formación nos han re-

comendado. *Sobre la naturaleza de los dioses* 1,7 (trad. A. Escobar, Madrid, Gredos, 1999).

Las preferencias de Cicerón se dirigieron siempre hacia aquellas escuelas que mejor permitían conciliar el interés del individuo con el del ciudadano; por eso practicó el escepticismo académico combinado con un estoicismo tolerante, y criticó siempre el epicureísmo, una doctrina profundamente individualista, que busca el placer y evita el compromiso con lo público. Fue igualmente crítico con el dogmatismo estoico, que hace la vida completamente imposible: a este modelo se refiere como una filosofía áspera y dura, poco en consonancia con la naturaleza de la vida real.

Como usuario de la filosofía, hay dos aspectos que merecen destacarse. Por un lado, no concibe el conocimiento filosófico separado del resto de su actividad, sino que la enmarca por completo tanto en la retórica, como en la política. Se puede decir en ese sentido que la filosofía de Cicerón es una filosofía probada por la vida. Por otro lado, él consideraba que la práctica de la filosofía debía extenderse a todos sus conciudadanos; precisamente por ello, albergó el plan de transmitir de forma accesible la obra filosófica de los griegos, interpretada por su mente privilegiada y reelaborada en lo formal para hacerla más amena y comprensible.

La transmisión asequible de las obras filosóficas griegas en latín requirió, primero, idear el lenguaje, esto es, encontrar la forma de expresar conceptos abstractos que antes no habían sido vertidos nunca a la lengua latina. Además, necesitó entender y asimilar razonamientos a

veces muy complicados para poder divulgarlos. Esto lo logra creando a partir de fuentes griegas un marco romano a través de los protagonistas que introduce en sus obras, siempre personajes históricos relevantes moviéndose en su propio marco temporal; también a través de los ejemplos con los que ilustra las ideas, normalmente referidos a situaciones de la historia de Roma y sus héroes. Todo, hasta las citas literarias que emplea, está pensado para lograr que la filosofía griega engarce en la línea de la historia romana con naturalidad, como si la filosofía griega se hubiera introducido y formara parte de la realidad del mundo romano. Una sola cita de una de sus obras, las *Paradojas de los estoicos* (9-10), muestra de forma explícita cómo se plantea Cicerón la transmisión de la filosofía:

¿Qué es el bien?, pregunte tal vez. Si lo que se hace recta, honesta y virtuosamente se dice con razón que está bien hecho, creo yo que sólo es el bien lo que es recto, honesto y virtuoso. Pero esta argumentación puede parecer algo antipática, tratada de forma aburrida; por eso, se ha ilustrado con ejemplos de la vida y de las obras de los varones esclarecidos eso que, expuesto con palabras, parece más rebuscado de lo necesario².

Los ejemplos que acompañan este pensamiento empiezan por Rómulo, el legendario fundador de Roma, y siguen con los reyes, con Bruto, el instaurador del consulado, los Escipiones, Catón el Censor, etc. Es exactamente

2. Si no se indica otro nombre, la traducción es propia.

este procedimiento el que encontramos en los tratados sobre la *Vejez* y sobre la *Amistad*.

El plan pedagógico completo que albergó Cicerón podemos leerlo en el prólogo de su obra *La Adivinación*, escrita en el último año de su vida; ahí relata el tipo de enseñanza filosófica que contiene cada uno de sus tratados: el estímulo para su estudio en *Hortensio* (obra perdida); la filosofía de la Academia en *Cuestiones sobre la Academia*; los límites del bien y del mal tal como los entienden diferentes filósofos, en su libro del mismo título; los fundamentos de la felicidad y la forma de soportar el dolor, la enfermedad y las perturbaciones del alma, en los *Debates de Túsculo*, etc. Es interesante señalar que en la lista de obras filosóficas que menciona incluye sus tratados de retórica: siguiendo a Aristóteles y Teofrasto, «hombres sobresalientes tanto en agudeza como en facilidad de palabra», que «unieron los preceptos de la elocuencia con la filosofía, me parece que también mis libros de oratoria deben contarse en este grupo. Se incluirán, pues, los tres de *Sobre el Orador*, un cuarto, *Bruto*, y un quinto, *El Orador*» (Cicerón, *La Adivinación* 2,4).

Es importante señalar que las obras filosóficas de Cicerón están muy bien escritas. Su dominio de la lengua latina y su talento le sirvieron para embellecer los textos filosóficos mediante un elaborado formato literario. A esto se debe también, no hay duda, el enorme éxito que tuvieron en todos los tiempos éstos y todos los demás escritos suyos y la admiración que ha producido siempre su empleo del latín; de hecho, su latín se erigió en el paradigma de lengua clásica, el tipo de latín que logró pres-

tigio literario y que todos los autores posteriores querían imitar. También su estilo ha sido modelo para la prosa, no sólo la de los autores latinos. En resumen, el éxito de su obra garantizó su pervivencia y, a través de ella, la de una parte de las obras de filósofos helenísticos, cuyos originales no se conservan, y que, por tanto, no habríamos podido conocer de otra manera.

Éstos son, en consecuencia, los aspectos más importantes del legado filosófico de Cicerón: la creación del lenguaje de la filosofía, la belleza y claridad de sus escritos y la transmisión de obras perdidas. Suficiente para ser valorado por méritos propios, sobre todo si se tiene en cuenta que en Roma nunca hubo verdaderos filósofos, sólo algún que otro cultivador de la filosofía y, en ese panorama, la figura de Cicerón se engrandece.

2. Los dos tratados

Los dos tratados incluidos en este libro, titulados por el nombre de sus protagonistas y por el tema que tratan *Catón el Mayor, sobre la vejez*, y *Lelio, sobre la amistad*, son dos ejemplos magníficos de la forma de adaptar al mundo romano el pensamiento filosófico griego. En ellos Cicerón crea, a partir de fuentes griegas (*Titono* o *la Vejez*, de Aristón de Ceos, para el primero, y una combinación de diversas obras no mencionadas, para la *Amistad*), un diálogo simulado a la manera de Platón y Aristóteles, pero con prestigiosos personajes históricos romanos como protagonistas, con ambientación puramente romana y con ejemplos de situaciones reales sucedidas en

el curso de la historia de Roma. Así, los temas de validez universal sobre los que se reflexiona en los tratados parecen emanar de la propia vida y pensamiento romanos.

Las ideas defendidas en estos tratados se desgranar en un ambiente que reproduce como único escenario una tertulia en casa de los personajes protagonistas. En la *Vejez*, Catón el Censor, el político e intelectual más importante de su tiempo (234-149 a. C.), responde a Escipión Emiliano y a Cayo Lelio, personajes también históricos de la máxima relevancia, a través de una argumentación llena de ejemplos prácticos extraídos en su mayoría del anecdotario histórico vivido por los mismos personajes: las guerras púnicas y las guerras contra Filipo V de Macedonia, fundamentalmente. En la *Amistad*, Cayo Lelio (190 a. C.-¿?), llamado el Sabio por su inmensa cultura, ofrece sus propias reflexiones a sus yernos Quinto Mucio Escévola, un jurista que fue preceptor de Cicerón, y a Cayo Fanio, otro ilustre personaje. Los ejemplos y las anécdotas de estos tratados permiten un recorrido en vivo por la historia de la Roma republicana de los siglos III al I a. C.

El escenario es el siguiente. Los participantes en la tertulia plantean a sus anfitriones respectivos sendas cuestiones trascendentales, relevantes para cada uno de ellos por el momento que están atravesando en sus vidas: la *Vejez* elige a un Catón de 83 años como guía de reflexión sobre la edad, y la *Amistad* elige como modelo a un Lelio que acaba de perder a Escipión, su amigo del alma.

La frecuencia con la que las ediciones, comentarios y traducciones presentan juntos los dos textos que aquí se ofrecen, que, por cierto son los más breves de la pro-

ducción ciceroniana, tiene su razón de ser, dada la relación que ambos guardan en diferentes aspectos. En primer lugar, uno y otro fueron escritos prácticamente a la vez, y están dedicados al mismo destinatario, Tito Pomponio Ático, el amigo más íntimo de Cicerón, con el que mantiene una buena parte de su famosa *Correspondencia (Cartas a Ático)*. Por otro lado, se repiten parcialmente los personajes que forman las dos tertulias: los contertulios de Catón en el *Tratado sobre la vejez* son los anfitriones protagonistas del *Tratado sobre la amistad*, uno en presencia, Lelio el Sabio, y otro en ausencia, Escipión Emiliano, que acababa de morir: las dos escenas se producen, así, en una secuencia cronológica separada por unos veinte años. Es lógico, en consecuencia, que las ideas filosóficas que se sustentan en ambos sean las mismas, que se repitan algunos de los temas que se abordan (por ejemplo, la muerte y la inmortalidad del alma), el ambiente en el que se desarrollan, los ejemplos con los que se ilustran así como el enfoque desde el que se enfrentan los problemas y sus soluciones.

2.1. Forma literaria

Las tertulias simuladas que nos ofrece Cicerón en la *Vejez* y la *Amistad* tienen una calidad literaria elevada. Son de un estilo relativamente sencillo –más la primera que la segunda, por cierto–, están compuestas en forma de diálogo, por lo demás, como la mayoría de las obras filosóficas de Cicerón: en esto también se aprecia su ads-

cripción a la tradición de la Academia³; Platón y los demás filósofos de la Academia configuran sus escritos en forma de diálogo. En este formato, las intervenciones de unos y otros sirven para refutar las tesis del contrario, y así se llega a la deducción del fondo de las cosas: ésta es, en esencia, la estrategia del método dialéctico característico de la escuela de Platón y los peripatéticos. Sin embargo, a diferencia de los diálogos platónicos, donde el tema sobre el que se discute es objeto de un verdadero diálogo, en los tratados de Cicerón esto no sucede siempre: por ejemplo, en la *Vejez* el diálogo es tan desequilibrado a favor del protagonista, que resulta casi un monólogo: el protagonista desarrolla sus reflexiones, argumenta y contraargumenta y sólo es interrumpido por sus contertulios esporádicamente con alguna que otra pregunta o con algún breve comentario. Este tipo de «diálogo monológico» sigue más bien el modelo aristotélico. La *Amistad* tiene una composición dialogada más equilibrada.

2.2. Fecha de su composición

Los dos textos que aquí se presentan fueron escritos con pocos meses de diferencia: la *Vejez* se escribió antes de los Idus de Marzo (el día 15) de 44 a. C., el día del asesinato de Julio César, según deducen algunos comentaristas de la alusión a la situación política que encierra el si-

3. De hecho, su obra *Sobre los deberes*, la última y probablemente la mejor, es la única excepción.

guiente comentario que dirige a Ático, su destinatario⁴: «Sospecho que también a ti te preocuparán a veces muy seriamente las mismas cosas que me preocupan a mí. El consuelo para ellas es tarea mayor y hay que aplazarlo para otro momento» (*Vejez* § 1).

La *Amistad*, algo posterior, habría sido escrita en el periodo que va de abril a noviembre del mismo año. Así que ambas obras forman parte de la última producción de Cicerón, la que corresponde al último año de su vida.

2.3. El destinatario: Ático

Las dos obras están dedicadas a la misma persona: Tito Pomponio Ático (109-32 a. C.). Ático y Cicerón eran amigos desde la escuela. Ambos compartían la pasión por la literatura, la cultura y el arte. En cuanto a lo público, no obstante, uno y otro mantuvieron posiciones muy diferentes: Cicerón vivía entregado a la actividad política y a ella dedicó toda su vida; a Ático, en cambio, sólo le interesaba la actividad intelectual y nunca se implicó en la gestión del Estado; al contrario, a partir del asesinato de un familiar suyo, el tribuno Publio Sulpicio, que fue víctima de la dictadura de Sila, decidió marcharse lejos de Roma para lograr una neutralidad que se hacía muy difícil viviendo tan cerca de los gobernantes, y se instaló

4. Sigo la datación de, entre otros, Powell ([1995] 2002, xvi). Guillén Cabañeros (*Sobre los deberes*, Introducción, p. 9) lo sitúa en el mismo periodo que la *Amistad*, esto es, después del asesinato de César. Sobre la datación de éstas y las demás obras de Cicerón cf. Powell ([1995] 2002, xiii-xvii).

en Atenas, donde pasó veinte años. Allí logró mantener la pretendida posición equidistante en todas las contiendas políticas que le tocó vivir, que fueron numerosas e importantes: la de Mario y Sila, la de César y Pompeyo, la de Marco Antonio y sus oponentes, entre los que se encontraba el propio Cicerón. No perdió la amistad con ninguno de ellos, porque ayudó con su inmensa fortuna a todos los que le necesitaron, sin tomar partido. Fue, en definitiva, a diferencia de Cicerón, un hombre profundamente individualista, un epicúreo, lo que no impidió en modo alguno la amistad que ambos se profesaban.

Ático resultaba un destinatario muy adecuado para las dos obras que aquí se presentan: para la *Vejez* porque ya había entrado en ella: tenía 66 años, tres más que Cicerón. Ambos habían superado los 60, la edad que se consideraba entonces el principio de nuestra «tercera edad»: «Y es que quiero aligerarte, a ti y a mí mismo, de este peso que comparto contigo, el de una vejez que ya apremia o que está llegando, ciertamente» (*Vejez* § 2).

También es Ático el mejor destinatario para la *Amistad*, porque era su amigo más íntimo y más antiguo, y siguió siéndolo hasta el final de su vida. Era un amigo comparable a su protagonista Lelio con respecto a Escipión, de lo que era consciente cuando le escribe en la *Amistad* (§ 5): «Cayo Fanio y Quinto Mucio ...sacan la conversación y Lelio responde con una disquisición entera sobre la amistad. Al leerla, te reconocerás a ti mismo».

Ático sobrevivió a Cicerón más de diez años y colaboró en la publicación póstuma de algunas de las obras de su amigo, particularmente en una parte de la correspondencia que había mantenido con él, aunque, en línea con